

EL EMBAJADOR DEVINE EXHORTA A LA TOLERANCIA

Pretendemos comentar aquí el discurso del embajador de los Estados Unidos, Frank J. Devine, ante la American Chamber of Commerce de El Salvador el 26 de Enero de 1979.

Es un discurso que nos parece interesante por el enfoque de los problemas nacionales que tiene un diplomático extranjero y por las soluciones que formula. Ni sus diagnósticos ni sus soluciones son completas, pero, ¿qué más puede pedirse a un embajador hablando en público?

El discurso comienza con un análisis-diagnóstico de la situación actual de El Salvador. El señor Devine tiene su primer acierto al colocar la problemática salvadoreña en el contexto del quebrado Mercado Común Centroamericano, que condiciona problemas fundamentales del país. En este contexto el embajador se pregunta “¿no estaremos, quizás, en Centroamérica presenciando un momento de cambio estructural incipiente?”, Y, sin detenerse más en la cuestión, pasa a analizar el año de 1978.

Señala tres áreas de problemas: el político, tipificado por la abstención de los partidos de la oposición en las elecciones de diputados; el económico, con la peligrosa reducción de reservas internacionales y el de orden público, reducido a los secuestros de personalidades nacionales y extranjeras.

Se detiene en la violencia de los secuestros, afirmando “que no hay un conflicto básico entre hacer cumplir la ley adecuadamente y el concepto de derechos humanos”. Con lo que dice que para combatir el terrorismo, como la criminalidad en general, se pueden y deben emplear medios legales, reconocidos como justos; por eso nadie criticará a los cuerpos de seguridad. Pero implicando que no se debe ni se puede combatir el terrorismo con otra violencia igualmente irracional e injusta, ni con más violaciones de los derechos humanos. “La violencia es rara vez, si alguna, un método aceptable de conseguir un fin; sea violencia desde la derecha o violencia desde la izquierda”.

Con una acertada formulación hace ver el embajador a los hombres de negocios que los otros, “los perpetradores de tal violencia (de izquierda) la justifican públicamente como que es la única respuesta posible a la violencia infligida contra ellos por una sociedad y unos individuos que les negarían sus derechos”. Está bien presentado el caso de los guerrilleros y adecuadamente descrita, sin nombrarla, la violencia institucional.

Para terminar “este círculo vicioso de violencia” propone el señor Devine el regreso —¿cuándo lo hubo en el país?— a un mercado de ideas libres en el que se discutan los problemas nacionales con toda la pasión que haga falta, pero donde reine la tolerancia, es decir, donde no se supriman las ideas a balazos, ni se responda a los argumentos con torturas. La tolerancia es definida por el diplomático como “la recta actitud que permite a la gente tener libertad de expresión, aun cuando uno sienta que las ideas de los otros son incorrectas e incluso inmorales”. Sugiere, adicionalmente, que las ideas malas deben ser combatidas y derrotadas por otras mejores; implicando todo el tiempo que no se deben ni pueden combatir con calumnias, amenazas, represalias o silencio. Qué lindo el mercado libre y tolerante de ideas libres que nos propone el embajador... y qué lejos de la realidad, tan rastrera, del debate ideológico en el país.

Pero el señor Devine sabe muy bien que no basta una discusión franca y tolerante a la vez para cambiar las situaciones de fondo en el país. Hay, obviamente, que hacer cambios y de cambios nos va a hablar.

Rechaza algunas demandas de “grupos rurales”, sin especificar cuales, por irracionales e imposibles. No sabemos qué demandas puedan ser éstas, pues los grupos campesinos se caracterizan por el realismo de sus peticiones. Otras, sin embargo, son “una manifiesta demanda de justicia”. Hay aquí un severo reproche a los terratenientes retrógrados,

que son los únicos villanos del discurso por parte del capital, y una denuncia de cierto tipo de injusticias que delata, por omisión, la poca importancia que, en general, concede a las cuestiones estructurales del sistema de tenencia de la tierra.

Siempre hablando de cambios, recuerda el embajador Devine un discurso de Mayo de 1978 en que anunciaba su percepción de “fuertes fuerzas y presiones para un cambio”. Unos meses después estas presiones no sólo continúan operando sino que son cada vez más fuertes. Y, recordando palabras pronunciadas anteriormente, exhorta a no resistir terca-mente los cambios: “una resistencia obstinada a cambios inevitables lleva consigo el riesgo de forzar resultados destructivos y violentos”.

Y aquí formula el embajador de los Estados Unidos el viejo principio de El Gato pardo “Hay que cambiar para que todo siga igual”, pero, naturalmente, de una manera más diplomática. En efecto, invocando la cooperación del Gobierno para “acomodarse a las presiones para cambiar”, afirma que “tal cooperación en sí misma puede ayudar o evitar soluciones más radicales”. Esta es sin duda la clave de las preocupaciones del Señor Embajador. Pero no le censuramos por eso, porque tampoco deseamos cambios caóticos o destructivos, aunque sí más radicales que el señor embajador.

Un ejemplo de cooperación entre empresarios y gobierno y de cooperación para el cambio es, en opinión del señor Devine, el impuesto territorial agrícola con sus modalidades de pago. Hay en esta apreciación un exceso de fe en la moral fiscal de nuestros terratenientes y desconocimiento, quizá diplomáticamente intencionado, de la amplitud de maniobra que los terratenientes tienen en sus feudos, bien protegidos contra inspectores del Gobier-

no. De todas maneras, no hay duda de que, si el impuesto funciona bien, puede aliviar algún sufrimiento, lo cual es mejor que nada. Sin embargo, como ejemplo de los cambios que se necesitan en el país, el impuesto territorial es un cambio muy humilde.

Dice el señor embajador que “en casi todos los artículos que aparecen sobre El Salvador en la prensa extranjera se habla de él como una economía caracterizada por una gran desigualdad en la distribución del ingreso y de la tenencia de la tierra”. Así es, señor embajador, la prensa extranjera tiene toda la razón en este punto. A diferencia de la nacional, que se lo calla.

No hay duda que ésta es una manera de hablar tan valiente como inteligente. Pero, ¿qué se debe hacer para solucionar esta desigual distribución? Ni reparto sin más, porque se condena como comunismo; ni sólo desarrollo, porque ni siquiera hace, como parece creer el señor Devine, menos pobres a los muy pobres; la fórmula es **redistribución con crecimiento**, el nuevo slogan de las agencias nacionales e internacionales de ayuda económica. “Un tercer camino” que bien recorrido conduce a “preservar un sistema que puede ser de continuo provecho a todos”. La teoría de la solución es nítida: crecer más y repartir mejor la nueva riqueza generada. El problema en El Salvador es doble: no hay generadores de crecimiento y no hay mecanismos, ni se permite, de redistribución. ¿Cómo salimos de ésta?

En fin, que los buenos deseos y consejos del embajador de los Estados Unidos para humanizar nuestro mezquino capitalismo agroexportador no serán seguidos por los que educadamente le oyeron y el buen embajador no se unirá a las filas de los que predicamos en el desierto.

I. E.